



Roger Mantegani – *Sobre “Introspecciones II”*

“(…) contemporáneo es aquello que mantiene la mirada fija en su tiempo, para percibir, no las luces, sino la oscuridad. Todos los tiempos son, para quien experimenta su contemporaneidad, oscuros.”

Giorgio Agamben, “¿Qué es lo contemporáneo?”, en *Desnudez*, (2014)

Entro al taller y me recibe una atmósfera cargada de emocionalidad a flor de piel. Todo en el espacio está marcado, transitado por el hacer del artista que me habla de un trabajo incansable, de una lucha equilibrada entre la pintura que manda y la mano que obedece, entre la materialidad pura y la pasión que se contiene por no irrumpir abruptamente, enmascarada entre símbolos reconocibles en su factura, como intentando calmar una vehemencia urgente a punto de explotar. Y su fuerza logra escapar a la razón más de una vez y se manifiesta poderosa en el grafismo desbocado que hace acto de presencia en fugaces gestos expresivos del orden de lo incontrolable.

La obra de Roger Mantegani, desarrollada en tiempos de Pandemia, tiene preferencia por ciertos “opuestos complementarios” que se manifiestan contrastantes aún cuando percibimos, tal cual nos tiene acostumbrados el artista, una armonía en el todo. Emerge la paleta anclada en la tierra con predominancia de los colores cálidos que remiten a materiales plásticos nobles tales como los pasteles, los cuales se asocian con la densidad de la carbonilla y el óleo - este último reservado casi exclusivamente a una única pieza de formato grande-, para crear situaciones inciertas habitadas por cuerpos suspendidos o apoyados en lugares sin referencia espacial a prima facie reconocible. Son cuerpos sin rostros definidos, no son nadie o, volviendo a ese juego de “opuestos complementarios”, somos todos. En medio de un relato figurativo, lenta y paulatinamente el espectador empieza a sumergirse dentro de un corpus de obras que pasan del formato grande, donde aparecen por ejemplo los trípticos complejos con despliegue de la acción de un trabajo a otro conformando una secuencia inseparable, a reclinarsse, de repente, sobre unas solitarias y pequeñas -muy pequeñas- piezas monocromáticas que reclaman protagonismo dentro de un escenario donde defienden su lugar estoicas, en esa convivencia de energías de una intensidad abrumadora.

Los papeles abundan, las telas son minoría. El papel es por lo general un formato que remite a un espacio íntimo, sutil, delicado. A veces los artistas despliegan allí bocetos y estilizaciones que consideran menores; es la honestidad brutal que en esa impronta se revela, la cual por momentos se reprime y silencia frente a la solemnidad de la tela blanca, como si ese pequeño espacio resguardase la potencia de lo indecible que luego se teme poner a la vista de todos. En este caso, Roger Mantegani eligió presentar en el papel un estado de shock, un impacto inesperado, el dolor frente a la imposibilidad de tomar contacto con una vida anterior al confinamiento, la pérdida de una cotidianidad que se desvaneció pero que no desapareció sino que logró colarse en las entrañas de su estudio y llevar hasta allí la oscuridad de la noche, su fiel compañera, a la cual accede, paradójicamente, solamente durante el día al reponerla en la soledad de su espacio creativo.

El círculo siempre vigente como campo magnético, como figura perfecta que evoca cierta armonía desencajada; los instrumentos musicales silenciados tal como los ruidos

de las calles, ausentes. Una bruma sobrevuela las obras y arrastra cualquier referencia espacio-temporal. Sin anestesia ante la angustia provocada por la incertidumbre, el artista habilita que los personajes sin nombre se muestren en sus movimientos y posturas a veces arrebatadas, a veces reflexivas y apaciguadas formando un compacto de emociones encontradas: es el grito, es el llanto, es la aceptación, es la entrega, es volver a pensarse frente a la adversidad.

Me quedo con la imagen de un hombre que se reclina sobre la orbe. Un personaje de factura inquietante que apoya o esconde su cabeza al pie de un mundo detenido, sin eje, sin pedestal, sin sostén. Pero quiero imaginarlo en un rezo íntimo, en un estado introspectivo que lo aleja de la locura al poder expresarse activamente, aun en la aparente calma del “no hacer activo” que implica esa comunión interior con los pensamientos. Y desde ese lugar, el contemporáneo que describe Agamben, registra a su entorno y lo pone de manifiesto, exponiendo un estado de situación, la crónica de un aquí y ahora que no siempre es feliz pero sí enriquecedora cuando se acepta mirarla de frente y hacer lo necesario para atravesarla sin quedar atrapado en el camino. El artista enfrenta su contemporaneidad, la nuestra, pintando. Parafraseando a Cortázar, si la forma para matar a un monstruo es enfrentándolo, quien mira las obras de Roger Mantegani se acerca a la posibilidad de darle una voz sin palabras a sus propios demonios y, al reconocerlos, romper el hechizo.

Lic. María Carolina Baulo, Octubre 2021

Roger Mantegani – About “Introspections II”

“(…) Contemporary is that which keeps the gaze fixed on its time, to perceive, not the lights, but the darkness. All times are, for those who experience their contemporaneity, dark. ”

Giorgio Agamben, "What is contemporary?", in *Nudity*, (2014)

I enter the studio and am greeted by an atmosphere full of emotionality on the surface. Everything in the space is marked, traversed by the work of the artist that tells me about tireless work, about a balanced struggle between the painting that commands and the hand that obeys, between pure materiality and the passion that is contained in not abruptly breaking out, masked between recognizable symbols on his imprint, as if trying to calm an urgent vehemence about to explode. And its strength manages to escape reason more than once and manifests itself powerful in the unbridled graphics that make an appearance in fleeting expressive gestures of the order of the uncontrollable.

Roger Mantegani's work, developed in times of the Pandemic, has a preference for certain "complementary opposites" that are manifested in contrast even when we perceive, as the artist has accustomed us, a harmony in the whole. The palette anchored in the earth emerges with a predominance of warm colors that refer to noble plastic materials such as pastels, which are associated with the density of charcoal and oil - the last one reserved almost exclusively for a single large-format piece -, to create uncertain situations inhabited by bodies suspended or supported in places with no prima facie recognizable spatial reference. They are bodies without defined faces, they are nobody or, returning to that game of "complementary opposites", we are all them. In the middle of a figurative story, slowly and gradually the viewer begins to immerse himself within a corpus of works that go from the large format, where, for example, complex triptychs appear with the unfolding of the action from one work to another forming an inseparable sequence, to reclining, suddenly, on some solitary and small -very small- monochromatic pieces that claim prominence within a stage where they defend their stoic place, in that coexistence of energies of overwhelming intensity.

Papers abound, canvas are a minority. Paper is generally a format that refers to an intimate, subtle, delicate space. Artists sometimes display sketches and stylizations that they consider minor; it is the brutal honesty that is revealed in that imprint, which at times is repressed and silenced in the face of the solemnity of the white canvas, as if that small space protected the power of the unspeakable that is later feared to be exposed to everyone. In this case, Roger Mantegani chose to present on paper a state of shock, an unexpected impact, the pain in the face of the impossibility of making contact with a life prior to confinement, the loss of an everyday routine that vanished but did not disappear but rather it managed to sneak into the bowels of his studio and bring the darkness of the night, his faithful companion, to which he accesses, paradoxically, only during the day by replenishing it in the solitude of his creative space.

The ever-current circle as a magnetic field, as a perfect figure that evokes a certain disjointed harmony; the musical instruments silenced as well as the noises of the streets, absent. A mist flies over the works and drags any space-time reference. Without anesthesia in the face of the anguish caused by uncertainty, the artist enables the nameless characters to show themselves in their movements and postures, sometimes

rapturous, sometimes reflective and appeased, creating a compact of conflicting emotions: it is the scream, it is the cry, it is the acceptance, it is the surrender, is to think himself again in the face of adversity.

I keep for myself the image of a man leaning on the orb. A disturbingly made character who supports or hides his head at the foot of a stopped world, without axis, without pedestal, without support. But I want to imagine him in an intimate prayer, in an introspective state that takes him away from madness by being able to express himself actively, even in the apparent calm of "not doing active" that implies inner communion with the thoughts. And from that place, the contemporary that Agamben describes, registers his environment and makes it manifest, exposing a state of the situation, the chronicle of a here and now that is not always happy but is enriching when one agrees to look at it head on and make just enough to get through it without getting caught in the way. The artist faces his contemporaneity, ours, painting. Paraphrasing Cortázar, if the way to kill a monster is by facing it, whoever looks at the works of Roger Mantegani approaches the possibility of giving a wordless voice to their own demons and, by recognizing them, breaking the spell.

Lic. María Carolina Baulo, October 2021